

5-1-1986

**Alvaro Mutis: "Resena de los Hosptales de Ultramar" (1959)
Poemas Selectos de *Summa De Maqroll El Gaviero (Poesia
1947-1970)*, Barcelona: Barral, 1973.**

W. Nick Hill
Fairfield University

Follow this and additional works at: <https://ecommons.udayton.edu/udr>

Recommended Citation

Hill, W. Nick (1986) "Alvaro Mutis: "Resena de los Hosptales de Ultramar" (1959) Poemas Selectos de *Summa De Maqroll El Gaviero (Poesia 1947-1970)*, Barcelona: Barral, 1973.," *University of Dayton Review*. Vol. 18: No. 1, Article 12.

Available at: <https://ecommons.udayton.edu/udr/vol18/iss1/12>

This Article is brought to you for free and open access by eCommons. It has been accepted for inclusion in University of Dayton Review by an authorized editor of eCommons. For more information, please contact mschlangen1@udayton.edu, ecommons@udayton.edu.

**ALVARO MUTIS: "Reseña de los
Hospitales de Ultramar" (1959)
Poemas selectos de *SUMMA DE
MAQROLL EL GAVIERO* (Poesía
1947-1970), Barcelona: Barral,
1973.**

Selected and Translated by W. Nick Hill, Fairfield University
Published with permission of Alvaro Mutis And with
Gratitude to the Author and Carmen Mutis For
Their Clarifications and Suggestions

Primeros Poemas

Tres imágenes

El viaje

Los elementos del desastre

Oración de Maqroll

Los trabajos perdidos

I. Los trabajos perdidos

Nocturno

La muerte del Capitán Cook

II. Reseña de los Hospitales de Ultramar

El hospital de la bahía

En el río

La cascada

El coche de segunda

Fragmento

Morada

El mapa

SE HACE UN RECUENTO DE CIERTAS VISIONES MEMORABLES DE MAQROLL EL GAVIERO, DE ALGUNAS DE SUS EXPERIENCIAS EN VARIOS DE SUS VIAJES Y SE CATALOGAN ALGUNOS DE SUS OBJETOS MAS FAMILIARES Y ANTIGUOS

La carreta

CONTENTS

First Poems

Three images
The Trip

Elements of Disaster

Maqroll's Prayer

Wasted Efforts

I. Wasted Efforts

Nocturno
The Death of Captain Cook

II. Review of the Hospitals of Ultramar

The Hospital by the Bay
On the River
The Waterfall
Second Class Coach
Fragment
Dwelling Place
The Map

HERE ARE RECOUNTED CERTAIN OF MAQROLL EL GAVIERO'S
MEMORABLE VISIONS, SOME OF HIS EXPERIENCES ON
SEVERAL OF HIS TRIPS AND HERE ARE CATALOGED SOME
OF HIS OLDEST AND MOST FAMILIAR OBJECTS

The Wagon

Para Luis Cardoza y Aragón

I

La noche del cuartel fría y señera
vigila a sus hijos prodigiosos.
La arena de los patios se arremolina
y desaparece en el fondo del cielo.
En su pieza el Capitán reza las oraciones
y olvida sus antiguas culpas,
mientras su perro orina
contra la tensa piel de los tambores.
En la sala de armas una golondrina vigila
insomne las aceitadas bayonetas.
Los viejos húsares resucitan para combatir
a la dorada langosta del día.
Una lluvia bienhechora refresca el rostro
del aterido centinela que hace su ronda.
El caracol de la guerra prosigue su arrullo interminable.

For Luis Cardoza y Aragón

I

The cold and sentried night in quarters
keeps a vigil over its prodigious sons.
The sand on the parade grounds swirls
and disappears into the depths of heaven.
In his room the Captain recites the prayers
and forgets his ancient guilt,
while his dog urinates
on the drum's taut skin.
In the gun room a vigilant swallow
watches the oiled bayonets.
The old hussars revive to battle
the golden locust of day.
A benevolent shower refreshes the face
of the shivering sentry making his rounds.
The caracole of war continues its interminable hum.

Esta pieza de hotel donde ha dormido un asesino,
esta familia de acróbatas con una nube azul en las pupilas,
este delicado aparato que fabrica gardenias,
esta oscura mariposa de torpe vuelo,
este rebaño de alces,
han viajado juntos mucho tiempo
y jamás han sido amigos.
Tal vez formen en el cortejo de un sueño inconfesable
o sirvan para conjurar sobre mí
la tersa paz que desliza los muertos.

III

Una flauta de piedra
señala lugar de los sacrificios.
Entre dos mares tranquilos una vasta y tierna vegetación de dioses
protege tu voz imponderable que rompe cristales,
invade los estadios abandonados
y siembra la playa de eucaliptos.
Del polvo que levantan tus ejércitos
nacerá un ebrio planeta coronado de ortigas.

(1947)

II

This hotel room where an assasin has slept,
this family of acrobats with blue clouds in their eyes,
this delicate aparatus that fabricates gardenias,
this dark moth clumsy in flight,
this herd of elk,
have traveled together a long time
and have never been friends.
Perhaps they form the retinue of an unspeakable dream
or serve to conjure over me
the glossy peace that dissolves the dead.

III

A great flute of stone
marks the sacrificial ground.
Between two tranquil seas a vast and tender vegetation of gods
protects your imponderable glass-shattering voice,
invades the abandoned stadiums
and sows eucalyptus along the beaches.
From the dust your armies raise
will be born a drunken planet crowned with nettles.

(1947)

EL VIAJE

No sé si en otro lugar he hablado del tren del que fui conductor. De todas maneras, es tan interesante este aspecto de mi vida, que me propongo referir ahora cuáles eran algunas de mis obligaciones en ese oficio y de qué manera las cumplía.

El tren en cuestion salía del páramo el 20 de febrero de cada año y llegaba al lugar de su destino, una pequeña estación de veraneo situada en tierra caliente, entre el 8 y el 12 de noviembre. El recorrido total del tren era de 122 kilómetros, la mayor parte de los cuales los invertía descendiendo por entre brumosas montañas sembradas íntegramente de eucaliptos. (Siempre me ha extrñado que no se construyan violines con la madera de ese perfumado árbol de tan hermosa presencia. Quince años permaneci como conductor del tren y cada vez me sorprendía deliciosamente la riquísima gama de sonidos que despertaba la pequeña locomotora de color rosado, al cruzar los bosques de eucaliptos).

Cuando llegábamos a la tierra templada y comenzaban a aparecer las primeras matas de plátano y los primeros cafetales, el tren aceleraba su marcha y cruzábamos veloces los vastos potreros donde pacían hermosas reses de largos cuernos. El perfume del pasto "yaraguá" nos perseguía entonces hasta llegar al lugarejo donde terminaba la carrilera.

Constaba el tren de cuatro vagones y un furgón, pintados todos de color amarillo canario. No había diferencia alguna de clases entre un vagón y otro, pero cada uno era invariablemente ocupado por determinadas gentes. En el primero iban los ancianos y los ciegos; en el segundo los gitanos, los jóvenes de dudosas costumbres y, de vez en cuando, una viuda de furiosa y postrera adolescencia; en el tercero viajaban los matrimonios burgueses, los sacerdotes y los tratantes de caballos; el cuarto y último había sido escogido por las parejas de enamorados, ya fueran recién casados o se tratara de alocados muchachos que habían huido de sus hogares. Ya para terminar el viaje, comenzaban a oírse en este último coche los tiernos lloriqueos de más de una criatura y, por la noche, acompañadas por el traqueteo adormecedor de los rieles, las madres arrullaban a sus pequeños mientras los jóvenes padres salían a la plataforma para fumar un cigarrillo y comentar las excelencias de sus respectivas compañeras.

La música del cuarto vagon se confunde en mi recuerdo con el ardiente clima de una tierra sembrada de jugosas guanábanas, en donde hermosas mujeres de mirada fija y lento paso escanciaban el guarapo en las noches de fiesta.

Con frecuencia actuaba el sepulturero. Ya fuera un anciano fallecido en forma repentina o se tratara de un celoso joven del segundo vagón envenenado por sus compañeros, una vez sepultado el cadáver permanecíamos allí tres días vigilando el túmulo y orando ante la imagen de Cristóbal Colón, Santo Patrono del tren.

Cuando estallaba un violento drama de celos entre los viajeros del segundo coche o entre los enamorados del cuarto, ordenaba detener el tren y dirimía la disputa. Los amantes reconciliados, o separados para siempre, sufrían los amargos y duros reproches de todos los demás viajeros. No es cualquier cosa permanecer en medio de un páramo helado o de una ardiente llanura donde el sol reverbera hasta agotar los ojos, oyendo las peores indecencias, enterándose de las más vulgares intimidades

Hill; Alvaro Mutis: "Resena de los Hospitales de Ultramar" (1959) Poemas y descubriendo, como en un espejo de dos caras, tragedias que en nosotros transcurrieron soterradas y silenciosas, denunciando apenas su paso con un temblor en las rodillas o una febril ternura en el pecho.

Los viajes nunca fueron anunciados previamente. Quienes conocian la existencia del tren, se pasaban a vivir a los coches uno o dos meses antes de partir, de tal manera que, a finales de febrero se completaba el pasaje con alguna ruborosa pareja que llegaba acezante o con un gitano de ojos de escupitajo y voz pastosa.

En ocasiones sufríamos, ya en camino, demoras hasta de varias semanas debido a la caída de un viaducto. Días y noches nos atontaba la voz del torrente, en donde se bañaban los viajeros más arriesgados. Una vez reconstruido el paso, continuaba el viaje. Todos dejábamos un ángel feliz de nuestra memoria rondando por la fecunda cascada, cuyo ruido permanecía intacto y, de repente, pasados los años, nos despertaba sobresaltados, en medio de la noche.

Cierto día me enamoré perdidamente de una hermosa muchacha que habia quedado viuda durante el viaje. Llegado que hubo el tren a la estación terminal del trayecto me fugué con ella. Después de un penos viaje nos establecimos a orillas del Gran Río, en donde ejerci por muchos años el oficio de colector de impuestos sobre la pesca del pez púrpura que abunda en esas aguas.

Respecto al tren, supe que habia sido abandonado definitivamente y que servia a los ardientes propósitos de los veraneantes. Una tupida maraña de enredaderas y bejucos invade ahora completaments los vagones y los azulejos han fabricado su nido en la locomotora y el furgón.

(1948)

I do not know if I have spoken in another place about the train of which I was the conductor. In any case, this aspect of my life is so interesting, that I propose to refer myself now to some of the obligations of that trade and how I carried them out.

The train in question left the high plains on the 20th of February every year and arrived at its destination, a small summer stop located in the tropical lowlands, between the 8th and the 12th of November. The complete trip was 122 kilometers, most of it spent descending through foggy mountains entirely covered with eucalyptus. (It has always seemed strange to me that violins are not made with the scented wood of that beautifully shaped tree. I was the train's conductor for fifteen years and was delightfully surprised by sounds of the richest assortment that the small pink colored locomotive stirred up, each time we passed through the forests of eucalyptus).

When we arrived in warmer country and the first banana and coffee trees began to appear, the train would speed up and we rapidly crossed the wide pastures where handsome long horn cattle grazed. The sweet smell of the "yaraguá" grass would follow us until we reached the small village where the track ended.

The train was made up of four passenger coaches and a baggage car, all painted canary yellow. There was no difference whatever in the class of one coach over another, but each one was invariably occupied by a specific group. Old people and the blind went in the first; in the second, gypsies, youngsters with suspicious habits and, once in awhile, a widow going through a furious, late adolescence; middle class couples, priests and horse traders traveled in the third; the fourth and last coach was elected by young lovers, be they newly weds or crazy kids running away from home. Close to the end of the trip, in that last car the tender cries of more than one baby could begin to be heard and, at night, accompanied by the lulling click of the rails, the mothers cooed to the little ones while the new fathers stepped out on the platform to smoke and comment on the fine qualities of their respective mates.

The music from the fourth coach gets confused in my mind with the sweltering climate of a country planted with juicy guanábanas, where beautiful women of steady gaze and unhurried step poured the sugar cane wine on fiesta nights.

With some frequency the gravedigger went to work. Whether it was an old timer who passed away suddenly or a jealous youth from the second coach poisoned by his companions, once the body was in the ground we would remain there for three days watching over the grave and praying before the image of Christopher Columbus, Patron Saint of the train.

When a drama of violent jealousy broke out among the passengers of the second coach or between the lovers in the fourth, I would have the train stopped and resolve the dispute. Once the sweethearts were reconciled or separated forever, they had to endure the bitter, angry reproaches of the rest of the passengers. It's no small matter to sit in the middle of an icy plateau or on sizzling flats where the sun beats till you can't see, listening to the basest of indiscretions, overhearing the most vulgar intimacies and discovering, as in a two sided mirror, tragedies that moved

Hill: Alvaro Mutis: "Resena de los Hosptales de Ultramar" (1959) Poemas
through us buried and silent, hardly giving away their passage except for a tremor
in the knees or a feverish tenderness in the heart.

The trips were never announced in advance. Those who knew about the existence
of the train, began to live in the cars a month or two before departure, so that, by
the end of February the passenger list was completed by some couple who arrived
flushed and panting or by a runny-eyed gypsy with a mellifluous voice.

On occasion, already under way, we would suffer delays of even a few weeks
because a bridge was out. Day and night we were dazed by the roar of the torrent,
where the most daring passengers swam. Once the bridge was rebuilt, the trip
continued. We all left a happy angel from our memory tumbling in the copious falls,
whose roar remained intact and, suddenly, years later, sat us up awake, in the middle
of the night.

One day I fell helplessly in love with a beautiful girl who had become a widow
during the trip. As soon as the train arrived at the final station I fled with her. After
a difficult trip we settled along the banks of the Great River, where for years I prac-
ticed the trade of tax collector for the tariff on the purple fish that abound in those
waters.

With respect to the train, I found out that it had been definitely abandoned and
served the ardent desires of the summer vacationers. A dense tangle of lianas and
creepers has now completely overtaken the cars and bluejays have made their nest
in the locomotive and the baggage car.

(1948)

“Tu as marché par les rues de chair”

Babylone - René Crevel

No está aquí completa la oración de Maqroll El Gaviero. Hemos reunido sólo algunas de sus partes más salientes, cuyo uso cotidiano recomendamos a nuestros amigos como antídoto eficaz contra la incredulidad y la dicha inmotivada.

Decía Maqroll El Gaviero:

¡Señor, persigue a los adoradores de la blanda serpiente!
Haz que todos conciban mi cuerpo como una fuente inagotable de tu infamia.
Señor, seca los pozos que hay en mitad del mar donde los peces copulan sin lograr reproducirse.
Lava los patios de los cuarteles y vigila los negros pecados del centinela. Engendra, Señor, en los caballos la ira de tus palabras y el dolor de viejas mujeres sin piedad.
Desarticula las muñecas.
Ilumina el dormitorio del payaso, ¡Oh Señor!
¿Por qué infundes esa impúdica sonrisa de placer a la esfinge de trapo que predica en las salas de espera?
¿Por qué quitaste a los ciegos su bastón con el cual rasgaban la densa felpa de deseo que los acosa y sorprende en las tinieblas?
¿Por que impides a la selva entrar en los parques y devorar los caminos de arena transitados por los incestuosos, los rezagados amantes, en las tardes de fiesta?
Con tu barba de asirio y tus callosas manos, preside ¡Oh fecundísimo! la bendición de las piscinas públicas y el subsecuente baño de los adolescentes sin pecado.
¡Oh Señor! recibe las preces de este avizor suplicante y concédele la gracia de morir envuelto en el polvo de las ciudades, recostado en las graderías de una casa infame e iluminado por todas las estrellas del firmamento.
Recuerda Señor que tu siervo ha observado pacientemente las leyes de la manada.
No olvides su rostro. Amén.

"Tu as marché par les rues de chair"

Babylone—Rene Crevel

This is not Maqroll El Gaviero's complete prayer. We have put together only some of its most salient parts, whose daily use we recommend to our friends as an effective antidote for incredulity and unmotivated happiness.

Maqroll El Gaviero prayed:

Lord, persecute the worshippers of the pliant serpent!

Make all conceive of my body as the inexhaustible fountain of your infamy.

Lord, dry up the wells in the middle of the sea where the fishes copulate without reproducing.

Wash the parade grounds and keep an eye on the dark sins of the sentry. Engender in the horses, Lord, the wrath of your words and the pain of old pitiless women.

Dismember the dolls.

Illumiinate the clown's bedroom, Oh Lord!

Why have you inspired that immodest smile of pleasure on the rag sphinx that preaches in the waiting rooms?

Why have you taken from the blind the cane they use to tear the plush felt of desire that pursues and catches them in the darkness?

Why do you keep the jungle from creeping into the parks and devouring the sandy pathways traveled by the incestuous, the lingering lovers, on holiday afternoons?

With your Assyrian beard and your callous hands, Oh most prolific one, preside over the benediction of the public baths and the subsequent immersion of sinless adolescents.

Oh Lord! receive the prayers of this suplicant seer and grant him the grace to die wrapped in the dust of cities, stretched out on the steps of a house of ill repute and illumined by all the stars in the firmament.

Remember Lord that your servant has patiently observed the laws of the flock. Do not forget his face.

Amen.

Esta noche ha vuelto la lluvia sobre los cafetales.
Sobre las hojas de plátano,
sobre las altas ramas de los cámbulos,
ha vuelto a llover esta noche un agua persistente y vastísima
que crece las acequias y comienza a henchir los ríos
que gimen con su nocturna carga de lodos vegetales.
La lluvia sobre el zinc de los tejados
canta su presencia y me aleja del sueño
hasta dejarme en un crecer de las aguas sin sosiego,
en la noche fresquísima que chorrea
por entre la bóveda de los cafetos
y escurre por el enfermo tronco de los balsos gigantes.
Ahora, de repente, en mitad de la noche
ha regresado la lluvia sobre los cafetales
y entre el vocerío vegetal de las aguas
me llega la intacta materia de otros días
salvada del ajeno trabajo de los años.

NOCTURNO

Tonight the rain falls again on the coffee plantations.
On the leaves of the plantain,
on the high branches of the cámbulo,
tonight a vast and persistent water falls again,
flooding the ditches and swelling the rivers
that groan with their nocturnal cargo of vegetal mud.
The rain on the tin roof
sings its presence and carries me away from sleep
to leave me in the never resting rising water,
on the coolest of nights that pours
through the rounded coffee trees
and flows down the scarred trunks of the giant balsas.
Now, all at once, in the middle of the night
the rain returns to the coffee plantations
and amidst the vegetal din of the waters
the substance of other days comes to me intact,
salvaged from the remote labor of the years.

Cuando le preguntaron cómo era Grecia, habló de una larga fila de casas de salud levantadas a orillas de un mar cuyas aguas emponzoñadas llegaban hasta las angostas playas de agudos guijarros, en olas lentas como el aceite.

Cuando le preguntaron cómo era Francia, recordó un breve pasillo entre dos oficinas públicas en donde unos guardias tiñosos registraban a una mujer que sonreía avergonzada, mientras del patio subía un chapoteo de cables en el agua.

Cuando le preguntaron cómo era Roma, descubrió una fresca cicatriz en la ingle que dijo ser de una herida recibida al intentar romper los cristales de un tranvía abandonado en las afueras y en el cual unas mujeres embalsamaban a sus muertos.

Cuando le preguntaron si había visto el desierto, explicó con detalle las costumbres eróticas y el calendario migratorio de los insectos que anidan en las porosidades de los mármoles comidos por el salitre de las radas y gastados por el manoseo de los comerciantes del litoral.

Cuando le preguntaron cómo era Bélgica, estableció la relación entre el debilitamiento del deseo ante una mujer desnuda que, tendida de espaldas, sonreía torpemente y la oxidación intermitente y progresiva de ciertas armas de fuego.

Cuando le preguntaron por un puerto del Estrecho, mostró el ojo disecado de un ave de rapiña dentro del cual danzaban las sombras del canto.

Cuando le preguntaron hasta dónde había ido, respondió que un carguero lo había dejado en Valparaíso para cuidar de una ciega que cantaba en las plazas y decía haber sido deslumbrada por la luz de la Anunciación.

THE DEATH OF CAPTAIN COOK

When they asked him what Greece was like, he spoke of a long row of rest homes raised on the shores of a sea whose poisoned waters came in slow waves like oil all the way to the wide beaches full of sharp pebbles.

When they asked him what France was like, he remembered a short passageway between two government offices where some scabby guards searched a woman who smiled in embarrassment, while from the courtyard arose the sound of cables sloshing in water.

When they asked what Rome was like, he revealed a fresh scar in the groin he said was from a wound gotten while trying to break the windows of a streetcar abandoned on the edge of town where some women were embalming their dead.

When they asked him if he'd seen the desert, he explained in detail the erotic habits and the migratory timetable of the insects that nest in the cavities of marble pitted by saltpeter from ocean inlets and worn away by the handling of merchants from the coast.

When they asked him what Belgium was like, he set out the relationship between the waning of desire in front of a naked woman, who smiles awkwardly lying on her back, and the intermittent, progressive oxidation of certain firearms.

When they asked him about a port in the Straits, he showed the desicated eye of a bird of prey in which danced the shades of song.

When they asked him how far he'd gone, he replied that a cargo ship had left him in Valparaiso to care for a blind woman who sang in the plazas and who was said to have been blinded by the light of the Annunciation.

“Al alba guardaban las grandes jaulas con aves”.

Historia de la Medicina en las Indias Orientales
Van Der Hoyster, 1735

“Los altos muros grises elevaban su fábrica contra el cielo, anunciando la presencia consoladora de aquellos edificios hechos al dolor y antesala de la muerte”

Comentarios Médicos de las Indias
Juan de Malaga, 1726

“Músicos, bailarines, actores y ramerías vivían de las rentas de aquellos Hospitales y creaban y recreaban la maravilla de sus fantasías en las capillas y salones de los mismos”.

Historiae Institutionibus Beneficentiae
Pietro Marteloni, 1789

Los siguientes fragmentos pertenecen a un ciclo de relatos y alusiones tejidos por Maqroll el Gaviero en la vejez de sus años, cuando el tema de la enfermedad y de la muerte rondaba sus días y ocupaba buena parte de sus noches, largas de insomnio y visitadas de recuerdos.

Con el nombre de Hospitales de Ultramar cubría el Gaviero una amplia teoría de males, angustias, días en blanco en espera de nada, vergüenzas de la carne, faltas de amistad, deudas nunca pagadas, semanas de hospital en tierras desconocidas curando los efectos de largas navegaciones por aguas emponzoñadas y climas malignos, fiebres de la infancia, en fin, todos esos pasos que da el hombre usándose para la muerte, gastando sus fuerzas y bienes para llegar a la tumba y terminar encogido en la ojera de su propio desperdicio. Esos eran para él sus Hospitales de Ultramar.

At daybreak the great cages with birds were sheltered.

Historia de la Medicina en las Indias Orientales

Van Der Hoyster, 1735

High grey walls raised their industry against the sky,
announcing the consoling presence of buildings made for
pain and as the antechamber of death.

Comentarios Medicos de las Indias

Juan de Malaga, 1726

Musicians, dancers, actors and prostitutes lived
from the income of those Hospitals and created and
recreated their marvellous fantasies in those same
chapels and great halls.

Historiae Institutionibus Beneficientiae

Pietro Marteloni, 1789

The following fragments belong to a cycle of tales and allegories Maqroll el Gaviero elaborated in his declining years, when the theme of illness and death hounded his days and occupied most of his nights, which were lengthened by insomnia and full of memories.

The Gaviero used the name Hospitals of Ultramar to cover a broad assortment of evils, anxieties, blank days awaiting nothing, embarassments of the flesh, lapses of friendship, unpaid debts, weeks of convalescence in unknown lands nursing the effects of long voyages through poisoned waters and malignant climes, childhood fevers, in short, all those steps a man takes, fashioning himself for death, expending his powers and worldly goods to reach the grave and end up, shriveled into the blackened eyes of his own mortal trash. For the Gaviero those were his Hospitals of Ultramar.

El techo de zinc reventaba al sol sus blancas costras de óxido, como el pulso de una fiebre secreta. Los olores se demoraban en la, vasta y única sala, como si fueran húmedas bestias sacudiéndose en la sombra y se mezclaban y cambiaban de identidad con una larga y destartalada pereza de mediodía.

Con su manto sobre los hombros, la fiebre recorría los lechos, sin demorarse en ninguno, pero tampoco dejando alguno sin visitar.

El mar mecra su sucia charca gris y al subir la marea alcanzaba a entrar hasta nuestros lechos. ¡Qué ironía el olor saludable y salinoso de las grandes extensiones, moviéndose preso entre la inmundicia de nuestros males y la agridulce mueca de las medicinas!

Los alimentos nos eran llevados por gentes del lugar, pescadores astrosos y desconfiados y la mayor de las veces eran imposibles de tragar. A menudo eran mujeres las que nos traían, envuelto en hojas de plátano, el sucio e insípido amasijo de raíces y frutos. Mediante artimañas y quejasas promesas, algunas se dejaban poseer en silencio. Al mediodía era frecuente el espectáculo de una mujer de carnes secas, ya sin pechos ni caderas, comida por el clima y el hambre, soportando el desordenado peso de un enfermo que gemía tiernamente como quien duerme una criatura.

Entonces, los olores giraban enloquecidos y siempre extraños al aroma almidonado y dulce de la cúpula.

El sol hería los ojos hinchados y cubiertos de blancas natas, reflejado por el mar siempre a nuestra vista por falta de puerta. Sabíamos que después de este largo suplicio vespertino vendría la invasión de la marea.

Con un murmullo que primero confundíamos con el de la fiebre que sube y gira en las sienas, el agua comenzaba a entrar lentamente hasta inundar casi toda la sala. No tenía ésta piso de madera, sólo la tierra hollada mil veces, negra, lustrosa con la grasa de los enfermos y sus comidas y medicamentos. El agua del mar traída por vientos venidos de muy lejos, el agua de nuestros viajes, el ojo hermoso de materia virgen en eterno desorden comenzaba a enturbiarse bajo nuestros lechos tristemente.

A menudo la pesadilla de la fiebre nos llevaba de la mano por caminos que conducían al fondo del mar, por entre la marea creciente, y allí, bestias sabias curaban nuestros males y nuestro cuerpo se endurecía para srempre como un lustroso coral en la primavera de las profundidades. Nos despertaba el ruido de la escoba del enfermero que barriía, a ia madrugada, la fétida sentina del Hospital.

El enfermero . . . éste si que sabía algunas cosas admirables y nada tristes. Contaba, por ejemplo, la "Construcción de la Torre de Babel" o "El Rescate de los Dolientes" o la "Batalla sin Banderas", largas historias en las cuales él aparecía discretamente, al fondo, como un viejo actor que hubiese conocido antaõ los favores del público y que ahora, en un papel muy secundario, tiene aún la seguridad de agradar. Solía el enfermero—nunca supimos el nombre y siempre le llamamos por el de su oficio—bautizar nuestros males con nombres de muchachas. Y mientras

Hill: Alvaro Mutis: "Resena de los Hospitales de Ultramar" (1959) Poemas
sus manos pacientes y sabias cambiaban las sábanas, preguntaba por nuestro mal
como por una doncella que nos hubiera acompañado amorosamente durante el largo
y trabajoso trance de nuestras noches.

¡Ah, esos nombres pronunciados de lecho en lecho como una letania de lejanos
recuerdos detenidos en el ebrio dintel de la infancia!

Under the sun the zinc roof would burst its white scabs of oxide, like the pulse of a secret fever. Odors lingered in the single, vast hall, as if they were moist beasts shaking themselves off in the shade and they would mix together and change identity with a drawn-out, untidy slugishness of mid-day.

With a blanket over its shoulders, the fever passed over the beds, without tarrying at any, but leaving none unvisited.

The sea softly rocked its dirty grey pool and when the tide rose, managed to come in up to our beds. How ironic the healthy salt smell of vast expanses, moving trapped between the filth of our maladies and the sweetsour grimace of the medicines!

The local people, shabby and distrusting fishermen, brought us food and most of the time it was impossible to swallow it. Often it was the women who brought us the insipid, grimy dough made of roots and fruit, wrapped in banana leaves. By means of ruses and nagging promises, some allowed themselves to be possessed in silence. At noon it was a common spectacle to see a dried-up woman, eaten by the climate and hunger, already flat chested and hipless, supporting the disordered weight of an ailing man who would moan tenderly like someone putting a baby to sleep.

Then, the odors would swirl crazed and always estranged from the starched, sweet aroma of copulation.

The sun, always in view because we had no door, reflected off the sea and hurt our eyes, swollen and covered with creamy matter. We knew that after this long morning penance would come the invasion of the tides.

With a sound that at first we confused with the murmuring of the fever that rises and whirls inside the head, the water began to slowly enter until it had flooded almost the entire hall. There was no wood floor, just earth trodden a thousand times, black, shiny from the oils of the sick and from their food and medicines. The sea water brought by winds from far away, the water of our voyages, the beautiful eye of virgin material in eternal disarray began to become sadly muddied under our beds.

Often the nightmare of fever took us by the hand on paths that lead to the depths of the sea, through the rising tide, and there, wise beasts cured our ills and our bodies became forever hardened like the lustrous coral in the springtime of the deep. We were awakened, in the early morning, by the orderly's broom sweeping the stinking hovel of a Hospital.

The orderly . . . he certainly did know some things that were admirable and not at all sad. He would recite, for example, the "Construction of the Tower of Babel" or "The Rescue of the Ailing" or "The Bannerless Battle", long stories in which he discretely appeared, in the background, as an old actor who had long ago known public favor and who now, in a very minor role, still has the confidence to please. The orderly—we never knew his name and would use the name of his occupation—used to baptize our ills with the names of girls. And while his patient, knowing hands changed the sheets, he asked about our ailment as if asking about a young maid who had lovingly accompanied us through our long, toiling trance-like nights.

Derivaba el Gaviero un cierto consuelo de su trato con las gentes. Vertía sobre sus oyentes la melancolía de sus largos viajes y la nostalgia de los lugares que eran caros a su memoria y de los que destilaba la razón de su vida.

Pero fue en el Hospital del Río en donde aprendió a gustar de la soledad y a rescatar en ella la única, la imperecedera substancia de sus días. Fue en el río en donde vino a aficionarse a las largas horas de solitario soñador, de sumergido pesquisador de un cierto hilo de claridad que manaba de su vigilia sin compañía ni testigos.

El Hospital habría sido construido a orillas de un gran río navegable que cruzaba el interior de un país de minas, cuyo producto bajaba a la costa en oxidados planchones, empujados por un remolcador que cada semana ascendía la corriente con una lenta y terca dificultad de asmático.

La región estaba poblada de grandes árboles de tronco claro y hojas de un perpetuo verde tierno que daban bien poca sombra y protección contra el sol implacable de los trópicos. Habían construido un largo edificio con techo de palma y paredes de ladrillo para que yacieran en él los enfermos que bajaban de las minas, los heridos en los derrumbes y las explosiones, los dolientes, en fin, que eran embarcados en el remolcador y viajaban al mar en busca de una salud que en vano tratarían de rescatar en el breve y miserable tiempo de sus vidas quebradas. Las minas fueron cerrándose, el remolcador espació sus visitas y fue entonces cuando llegó por aquellos lugares el Gaviero y se instaló en el largo barracón ocupado por una doble hilera de camas carcomidas por el óxido y la verdosa y mansa lapa nacida de la humedad y del aire cargado de impalpables y ricas materias vegetales.

Curaba el Gaviero las heridas recibidas en la calle de los burdeles del puerto cuando, en plena ebriedad, insistió en contraer matrimonio con una negra madura y sonriente que exhibía sus grandes senos a la entrada del templo, con una expresión alelada y ausente.

Saltando al río y refugiándose en el remolcador que partía, logró el Gaviero librarse de los airados feligreses. Sin embargo, un cuchillo le había entrado en el vientre dos veces y un brazo se le había dislocado por completo al rodar por las escalinatas del templo.

Curaba el Gaviero sus heridas y meditaba largamente sobre la materia de sus años. Allí le abandonaron los hombres del remolcador, desesperados con los interminables delirios y visiones que atormentaban los días y noches del Gaviero, minado por la fiebre y trabajado por su antigua angustia siempre renovada en las fuentes de su incómoda lucidez de perpetuo exiliado.

El río, en la mañana, estaba cubierto por un vaho lechoso que se disipaba, no al impulso de la brisa—allí corría el río encajonado entre altas cordilleras y jamás la brisa descendía a visitar la región—sino por el golpe metálico de un sol ausente apenas en la corta estación de las lluvias. Frutos, amargos, pescados con un dulzón sabor a lodo y la infusión de las hojas de algunos naranjos salvajes que no producían fruto alguno, eran todo el alimento del convaleciente.

Y de su soledad largamente rumiada y laboriosamente escarbada en los largos

Hill: Alvaro Mutis: "Resena de los Hospitales de Ultramar" (1959) Poemas
días en que yaciera descifrando las grandes manchas que la humedad dejaba en la paredes de ladrillo, derivó el Gaviero algunas enseñanzas perdurables y una costumbre, cada día más acentuada, de estar a solas con sus asuntos.

Supo, por ejemplo, que la carne borra las heridas, lava toda huella del pasado, pero nada puede contra la remembranza del placer y la memoria de los cuerpos a los que se uniera antaño.

Aprendió que hay una nostalgia intacta de todo cuerpo gozado, de todas las horas de gran desorden de la carne en donde nace una verdad de substancia especial y sobre la que el tiempo no tiene ascendiente alguno.

Se confunden los rostros y los nombres, se borran las acciones y los dulces sacrificios hechos por quien se amó una, vez, pero el ronco grito del goce se levanta repitiendo su sílaba como las sirenas de las boyas a la entrada del puerto.

Cuando los recuerdos irrumpieron en sus inquietos sueños, cuando la nostalgia comenzó a confundirse con la materia vegetal que lo rodeaba, cuando el curso callado de las aguas lodosas le distrajo buena parte de sus días en un vacío en el que palpitaba levemente un deseo de poner a prueba la materia conquistada en los extensos meses de soledad, el Gaviero ascendió a las tierras altas, visitó los abandonados socavones de las minas, se internó en ellos y gritó nombres de mujeres y maldiciones obscenas que retumbaban en el afelpado muro de las profundidades.

Se perdió en los páramos recorridos por un viento que empujaba secas semillas y grandes hojas vestidas de una tibia pelusa nacarada. Una patrulla militar lo rescató de la muerte, cuando se había encogido entre las rocas en busca del calor de su propia sangre que apenas circulaba ya por su cuerpo escuálido y tostado por el sol de la cordillera.

The Gaviero derived a certain kind of consolation from his dealings with people. He would pour out on his listeners the melancholy of his long trips and the nostalgia for those places dear to his heart and for those from which he distilled his *raison d'être*.

But it was in the River Hospital where he learned to take pleasure in loneliness and from it to rescue the only, the imperishable substance of his days. It was on the river that he came to dedicate himself to long hours of solitary dreaming, a deep diving for a certain thread of clarity that issues from his vigil without company or witness.

The Hospital had been constructed on the banks of a great navigable river that crossed the interior of a mining country, whose products were carried down river to the coast in rusted barges, propelled by a tug that each week moved upstream with the slow, stubborn laboring of an asthmatic.

The region was populated by tall trees with light colored trunks and perpetually tender green leaves that gave precious little shade or protection from the implacable tropical sun. A large building with a thatched palm roof and brick walls had been constructed so the sick men who were brought down from the mines could lie there, those injured by the cave-ins and explosions, the ailing, in short, who were shipped off in the tug for the trip to the sea in search of the health that they would try in vain to salvage in the brief and miserable span of their broken lives. The mines began to close down, the tug spaced out its visits and it was then that the Gaviero arrived in those parts and installed himself in the rough barracks lined with a double row of beds eaten away by rust and the soft, greenish moss born of the humidity and of the air heavy with impalpable, lush vegetable matter.

Gaviero was nursing wounds he'd gotten on the street of ill repute in the port when, completely inebriated, he insisted on proposing marriage to a mature, smiling black woman who, with a dull, vacant expression, was displaying her large breasts at the door of the church.

By jumping into the river and hiding in the tug that was just pulling away, Gaviero managed to dodge the irate parishioners. Nonetheless, a blade had slipped twice into his belly and his arm had become completely dislocated in his tumble down the stairs of the church.

Gaviero nursed his wounds and meditated at length on the stuff of his life. He was abandoned there by the tug's crew, who were beside themselves with the never-ending deliriums and visions that tormented Gaviero's days and nights. He was sapped by the fever and worked over by an ancient anguish, always renewed in the wellspring of the perpetual exile's uneasy clarity.

In the morning the river was covered with a milky haze that dissipated, not because of the wind—right there the river ran hemmed in by tall mountains and the breezes never dropped down to visit—but because of the metallic blow of a sun hardly absent except in the brief rainy season. Bitter fruits, fishes with a sickly sweet taste of mud, and an infusion of the leaves of some wild barren orange trees were the convalescent's only food.

Out of an extensively cogitated loneliness which he laboriously scrutinized during long days lying around deciphering big patches the humidity left on the brick walls, Gaviero derived a few durable lessons and the habit, daily more marked, of remaining alone with his thoughts.

He began to know, for example, that the flesh erases its wounds, washes away all trace of the past, but can do nothing to prevail against the recollection of pleasure and the memory of the bodies we coupled with in years past.

He learned that there remains intact the nostalgia for every body that gave pleasure, for all the hours spent in a great fleshly confusion that gives birth to a special substance of truth that time has no dominion over whatsoever.

Faces and names become confused, the actions and sweet sacrifices made for those you loved once are rubbed out, but the hoarse cry of pleasure arises repeating its shriek like sirens on buoys at the mouths of harbors.

When the memories burst into his troubled dreams, when nostalgia became indistinguishable from the undergrowth that surrounded him, when the hushed flow of muddy waters distracted him most of the day, in an emptiness where there was a softly throbbing desire to test the lessons of long months of solitude, Gaviero would climb to the high country, visit the abandoned mine shafts, and go in them to shout the names of women and obscene curses that resounded against the carpeted wall of the depths.

He became lost on flat lands swept by a wind that scattered dry seeds and big leaves covered with a warm, pearly fuzz. A military patrol rescued him from death, after he had wedged himself between the rocks in search of the warmth of his own blood which barely circulated through his scrawny body darkened by the mountain sun.

LA CASCADA

Entró para lavar sus heridas y bañarse largamente en las frescas aguas de la cascada, protegida por altas paredes que chorreaban una parda humedad vegetal.

Un malsano silencio se extendía desde el tumulto de las aguas que caían de lo alto, a través de un estrecho hueco cercado de plantas azotadas incansablemente por el torrente.

Apartado del tiempo y aislado del ruidoso bochorno de los cafetales, el Gaviero conoció allí de su futuro y le fue dado ver en toda su desnuda evidencia, la vastedad de su miserable condición.

Una oscura mariposa apareció de repente y con su torpe y lento vuelo comenzó a medir el paso de las horas, chocando a menudo contra las lisas paredes o parándose en la blanca arena del piso, recogidas las alas hasta semejar el perfil de un hacha oxidada.

El miedo se fue apoderando del Gaviero y de su garganta fluía un chillido agudo y contenido, que bien pudiera haberse atribuido al insecto preso en la fresca nada donde caían las aguas interminablemente.

Sus heridas se secaron, también sus ropas se secaron, se secó su piel y el Gaviero seguía inmóvil, sentado en la blanca arena, a orillas del pozo labrado por la caída del torrente y en cuyo fondo se movía una oscura materia vegetal compuesta de hojas, frutos y tallos arrastrados por las aguas.

Al llegar la noche, el Gaviero hubiera jurado oír cómo movían el aire las quebradizas alas del pesado visitante y cómo su lanoso cuerpo chocaba tristemente contra las quietas rocas de la noche.

Un viento cálido irrumpió en la frescura del recinto y tras él salió el insecto, con un lento subir y bajar de su vuelo, dejando al Gaviero sumido en esa humillada certeza de quien ha conocido la impotencia de sus fuerzas y los rostros de su miseria.

Se vistió lentamente y salió al trepidante calor de las tierras bajas, en donde se mezcló con toda suerte de gentes, guardando siempre, en un escondido rincón de su alma, ese tiempo apresado por las altas paredes en donde chocaban atrozmente el grito de las aguas al caer y la derrota de sus asuntos.

THE WATERFALL

He entered the cool water of the falls sheltered by tall rocks that seeped a drab vegetal humidity, to wash his wounds and bathe at length.

A malevolent silence extended from the roar of falling waters high above, through the narrow space edged with plants tirelessly whipped by the torrent.

Set apart from time and isolated from the noisy, stifling heat of the coffee plantations, Gaviero came to know there of his future and it was given for him to see, in all its bare detail, the vastness of his miserable condition.

A black moth suddenly appeared and with its slow and clumsy flight began to measure the passage of the hours, bumping often into the slippery walls or lighting on the white sand of the floor, its wings drawn up till it resembled the outline of a rusty hatchet.

Fear began to overpower Gaviero and from his throat issued a controlled, sharp screech that might well have been attributed to the insect captive in the fresh nothingness where the waters fell interminably.

His wounds dried up, his clothes dried out too, his skin was dry and Gaviero remained unmoving, sitting in the white sand, at the edge of the hollow made by the falling torrent in whose depths moved a dark vegetal matter composed of leaves, fruits and stems dragged there by the waters.

When nightfall came, Gaviero could have sworn he heard how the brittle wings of the clumsy visitor rustled the air and how its fuzzy body bumped sadly against the quiet rocks of the night.

A hot wind erupted into the freshness of the place and following it the insect left, with a slow rising and falling in its flight, leaving Gaviero submerged in that humble certainty of one who has known the impotence of his strength and the visages of his misery.

He dressed slowly and went out into the stumbling heat of the lowlands, where he mingled with all types of people, keeping always, in a hidden corner of his soul, that time imprisoned by the high walls where the shout of the falling waters and the downfall of his affairs clashed terribly.

El coche de segunda

Alguna vez habian construido alli una via para el tren y los rieles llegaron hasta el final de la curva, trazada sobre el precipicio que daba al rio, la tranquilidad de cuyas aguas color arcilla era recorrida por el sordo girar de amplios remolinos. En la parte más saliente de la curva, estaba detenido el coche de segunda.

La pintura verde se habia ido con las lluvias de tantos años y la madera habia tomado ese color gris azulado propio del revés de las hojas del banano. El orin y la herrumbre, propiciados por el clima tropical, habian fundido en una sola masa que se deshacia en débiles cáscaras, las ruedas que bien poco conservaban de su forma primitiva y los rieles de cuyo trazo original no quedaba sino una roja y vaga cicatriz.

El techo ligeramente abombado, como el de todos los coches de ferrocarril, estaba invadido de lianas y malezas de donde surgian, a trechos, ciertas flores blancas y pesadas que despedian al atardecer un aroma a medicina de la infancia y a largas tardes de fiebre. Algunas de las ventanillas conservaban aún sus cristales, empañados por un halo lechoso que era como una esencial presencia del clima, su huella más evidente.

De un lado, el coche casi rozaba el alto barranco de roja arcilla cortada a pico del cual sobresalía un anuncio de latón que mostraba un niño en pijama con una vela encendida en una mano y en la otra un objeto ya imposible de identificar; del otro lado estaba el precipicio, en cuyo fondo, el choque de las aguas contra la orilla producía ese murmullo que acompaña al silencio después de un desastre. De este costado solamente tres ventanillas, las tres últimas, conservaban intactos sus cristales. Por las otras entraba un aire caliente y capitoso que invitaba a un dormir entre el sudor y el zumbido de los insectos.

Alli habia arreglado Maqroll su refugio. Con cuatro tablones arrancados del piso y colocados sobre las dos últimas bancas, improvisó una cama y usando como almohada un atado con sus ropas, se tendió sacudido por la malaria y el hambre. Las horas del dia y las de la noche transcurrían en un pausado desplazarse de la luz en el interior del coche y el escaso sueño que le permitían el calor y sus dolencias, no le visitaba hasta la madrugada.

Iban a verle, en ocasiones, dos mujeres que preparaban la comida para los peones de una mina situada en otra curva del rio, más abajo. Algunas de las sobras que siempre le traían, eran su único alimento. Ignorándolo las más de las veces, se sentaban a conversar en la plataforma del vagón, las piernas colgando sobre la via. Se desnudaban hasta la cintura para recibir en la piel la brisa de la tarde que traía un breve residuo de frescura robado a los árboles de la cordillera.

A veces, alguna de ellas se tendía a su lado y en un abrazo que duraba hasta entrada la noche, buscaba el deseo en el lastimado cuerpo del Gaviero. La otra permanecía en la plataforma y continuaba tranquilamente el diálogo con su compañera; cuando ésta no le contestaba, permanecía extasiada contemplando la lejanía azul de la cordillera o la burbujeante vorágine de los remolinos, cuyo monótono círculo rompían a veces grandes troncos arrastrados por la creciente o cadáveres de mulos rodados al abismo, que habian perdido la piel en su viaje por las tormentosas aguas y cuyas grises barrigas giraban locamente hasta encontrar de nuevo el impulso liberador de la corriente.

A train track had been laid out there once and the rails reached to the end of the curve, bordering on the precipice that fell off to the river, whose calm muddy waters were undercut by the soundless turning of deep eddys. At the widest part of the curve, the second class coach stood standing.

Its green paint had been washed away with the rains of so many years and the wood had taken on the grey blue color of the underside of banana leaves. Mildew and rust, aided by the tropical climate, had become fused into a single mass that came away in brittle flakes, the wheels maintaining little of their original shape and of the rail's first outline nothing remained but a faint red scar.

Its slightly rounded roof, like those of all railroad cars, was besieged by lianas and weeds that produced, at intervals, a certain heavy white flower which at dusk gave off the smell of childhood medicine and long afternoons with fever. Some of the windows still had panes, clouded up by a milky ring that was like the primary essence of the climate, its most noticeable trace.

On one side, the coach almost touched the sheer cliff of red clay from which protruded a tin sign showing a child in pajamas holding a lit candle in one hand and in the other a now unidentifiable object; on the other side was the precipice, where below, the water struck against the banks with a sound of murmuring that accompanies silence after disaster. Just three windows on that side, the last three, had glass panes. Through the others entered a hot heady air that invited dozing in the sweat and the buzz of insects.

There Maqroll had made his shelter. With four planks from the floor placed across the end seats he improvised a bed, and making a pillow out of his clothes, he stretched out trembling with malaria and hunger. The daylight hours and then nighttime hours passed in the steady march of light inside the coach and the scanty sleep which the heat and his aches permitted him, did not come until dawn.

On occasion, two women who prepared food for the workers in a mine located downstream, on another curve of the river, would go to see him. Some of the leftovers they always brought him were his only sustenance. Paying no attention to him most of the time, they would sit on the back of the car to chat, their legs dangling over the track. They would disrobe to the waist to feel against their skin the afternoon breeze that brought a remnant of coolness stolen from the mountain forest.

At times, one of them would lie at his side and with an embrace that continued till after nightfall, search for desire in Gaviero's ailing body. The other one would sit at the back of the car and tranquilly carry on the dialogue with her friend; when she didn't answer, the woman sat transfixed contemplating the blue distance of the mountains or the gurgling vortex of the whirlpools, whose monotonous circling was broken now and again by huge trunks carried along in the swelling tide or by the carcasses of mules fallen into the abyss, their hides lost in the voyage through torrential waters and their grey bellies spinning crazily till they again found the current's liberating flow.

FRAGMENTO

. . . de donde salían al amanecer las vagonetas cargadas de enfermos con dirección al Hospital de las Salinas. Una pequeña y muy antigua locomotora de vivos colores, llevaba, lentamente y con esfuerzo, el largo tren de vagonetas pintadas de blanco con una raya azul celeste en el borde superior, en cada una de las cuales viajaban hasta cinco enfermos cómodamente recostados.

A lo largo de la herrumbrosa vía, reventaban las grandes olas en otoño o iban a morir tranquilamente, después de un largo y luminoso rodar por las arenas, en verano.

¡Qué inolvidable visión la de las blancas sábanas que envolvían los cuerpos lastimados en el hediondo aceite de los males, flotando sobre la fresca lejanía de las aguas, como una dicha que desenrolla sus símbolos!

Todo el día duraba el viaje de los enfermos. Al caer la tarde y con las primeras y quietas luces nocturnas, descendían, entumecidos y quejosos, pero tranquilos ya y purificados, como si hubieran llegado de las más apartadas regiones del agua.

El tren volvía por la noche con un ruido de hierros que golpean neciamente, con un escándalo metálico de oxidadas armas en desuso, con un chirrido amargo de cadalso imposible en la soledad marina y lunar.

Un gran resplandor se hacía poco rato después, producido por la incineración de las sábanas y vendajes que habían cubierto los cuerpos durante el viaje. El humo subía hasta oscurecer una parte del cielo y . . .

. . . from there cars loaded with the sick left at dawn for Saltflats Hospital. A very old, brightly colored little locomotive slowly and laboriously pulled the long train of cars, painted white with a stripe of sky blue at the top. In each car up to five sick men traveled comfortably reclining.

All along beside the rusty track, big waves broke in autumn or went on to die peacefully, after their long and luminous rolling over the sand, in summer.

What an unforgettable sight: white sheets that wrapped the injured bodies in the foul grease of illness, floating above the fresh distance of the water, like good fortune unscrolling its symbols!

The voyage of the sick lasted the entire day. As the afternoon declined and with the first, quiet night lights, they descended numbed and groaning, but already peaceful and purified, as if they had arrived from the most distant regions of water.

The train returned in the night with the sound of iron foolishly clanking, with the metallic clamor of rusty, useless weapons, and with the bitter creaking of an impossible scaffold in the solitude of the moon and the sea.

A short while later there was a bright glow, made by incinerating the sheets and bandages that had covered the bodies during the trip. The smoke rose till it blotted out part of the sky and . . .

Se internaba por entre altos acantilados cuyas lisas paredes verticales penetraban mansamente en un agua dormida.

Navegaba en silencio. Una palabra, el golpe de los remos, el ruido de una cadena en el fondo de la embarcación, retumbaban largamente e inquietaban la fresca sombra que iba espesándose a medida que penetraba en la isla.

En el atracadero, una escalinata ascendía suavemente hasta el promontorio más alto sobre el que flotaba un amplio cielo en desorden.

Pero antes de llegar allí y a tiempo que subía las escaleras, fue descubriendo, a distinta altura y en orientación diferente, amplias terrazas que debieron servir antaño para reunir la asamblea de oficios o ritos de una fe ya olvidada. No las protegía techo alguno y el suelo de piedra rocosa devolvía durante la noche el calor almacenado en el día, cuando el sol daba de lleno sobre la pulida superficie.

Eran seis terrazas en total. En la primera se detuvo a descansar y olvidó el viaje, sus incidentes y miserias.

En la segunda olvidó la razón que lo moviera a venir y sintió en su cuerpo la mina secreta de los años.

En la tercera recordó esa mujer alta, de grandes ojos "oscuros y piel grave, que se le ofreció a cambio de un delicado teorema de afectos y sacrificios.

Sobre la cuarta rodaba el viento sin descanso y barria hasta la última huella del pasado.

En la quinta unos lienzos tendidos a secar le dificultaron el paso. Parecían esconder algo que, al final se disolvió en una vaga inquietud semejante a la de ciertos días de la infancia.

En la sexta terraza creyó reconocer el lugar y cuando se percató que era el mismo sitio frecuentado años antes con el ruido de otros días, rodó por las anchas losas con los estertores de la asfixia . . .

A la mañana siguiente el practicante de turno lo encontró aferrado a los barrotes de la cama, las ropas en desorden y manando aún por la boca atónita la fatigada y oscura sangre de los muertos.

He glided in through the high cliffs whose smooth vertical walls gently pierced a sleeping water.

He navigated in silence. A word, the slap of the oars, the sound of a chain in the bottom of the boat, long resounded and disturbed the cool shade that became denser as it penetrated into the island.

At the dock, a stone stairway climbed gradually to the highest point over which floated a broad sky in disarray.

But before arriving there and as he climbed the steps, he found, at different levels and in different positions, wide terraces that probably served yesteryear to gather in assembly the services and rituals of a long forgotten faith. No roof at all protected them, and during the night the rocky stone floor gave off the heat stored from the day, when the sun struck directly on its shiny surface.

There were six terraces in all. On the first, he stopped to rest and forgot the journey, its events and miseries.

On the second, he forgot the reason that made him come and in his body he felt the secret mine of time.

On the third, he remembered that tall woman, with big dark eyes and rough skin, who was offered to him in exchange for a subtle theorem on emotions and sacrifice.

On the fourth, the wind swirled without pause and swept away the last trace of the past.

On the fifth, some linens hanging out to dry made his going difficult. They seemed to hide something that, in the end, dissolved into a vague disquiet like that of certain days of infancy.

On the sixth terrace, he thought he recognized the place and when he realized it was the same spot frequented years before with the noise of other days, he rolled about on the wide tiles with the death rattle of asphyxiation . . .

The following morning, the day nurse found him clinging to the bars of the bed, the bedclothes in disarray and the tired, dark blood of the dead still oozing from his astonished mouth.

EL MAPA

Solía referirse el Gaviero a su Mapa de los Hospitales de Ultramar y alguna vez llegó hasta mostrarlo a sus amigos, sin dar mayores explicaciones, es cierto, sobre el significado de algunas escenas que ilustraban la carta. Eran nueve en total y representaban lo que sigue:

I

Un jinete encarnado
galopa por la estepa.
Su sable alcanza al
sol atónito
que lo espera extendido
en un golfo bañado
de tibio silencio.

II

Las armas enterradas
en lo más espeso
del bosque
indican el nacimiento de un gran río.
Un guerrero herido señala
con énfasis el lugar.
Su mano llega hasta
el desierto
y sus pies descansan
en una hermosa ciudad
de plazas soleadas y blancas.

III

El Gran Jefe ofrece
la Pipa de la Paz
a un cazador de búfalos
cuya mirada cae distraída sobre
las tiendas de colores
y el humo acre de las hogueras.
Un ciervo se acerca tristemente.

THE MAP

Gaviero used to refer to his Map of the Hospitals of Ultramar and once he even showed it to his friends, without explaining, it's true, the meaning of some of the scenes the chart illustrated. There were nine scenes in all and they represented what follows:

I

A scarlet rider
gallops through the steppes.
His saber reaches up
to the astounded sun
who awaits him spread out
over a gulf bathed
in tepid silence.

II

Weapons buried
in the thickest part
of the forest
indicate the birth of a mighty river.
A wounded warrior emphatically
signals the spot.
His hand stretches out
to the desert
and his feet rest
on a beautiful city
of sunny, white plazas.

II

The Big Chief offers
the Peace Pipe
to a buffalo hunter
whose gaze falls distractedly on
the painted tents
and the acrid smoke of the
campfires.
A stag sadly approaches.

IV

Los frutos de un ingrato
sabor metálico, señalan
las Islas Lastimeras.
Un barco naufraga tranquilo
y los marinos reman hacia
la playa en donde un jabali
entierra su presa. La arena
enceguece a los dioses.

V

Un aire frío pasa
sobre la dura concha
de los crustáceos.
Un gran alarido raya
el cielo con su helado
relámpago de ira.
Como un tapete gris
llegan la noche y el espanto.

VI

La diligencia corre desbocada
y una mujer pide auxilio,
las ropas en desorden
y los cabellos al viento.
El conductor bebe un
gran vaso de sidra
reclinado con desgano
en un torso de mármol.
Los erizos señalan
la ruta con sus largas
espinas nocturnas.

Fruits with an unpleasant
metallic taste, identify
the Doleful Islands.
A ship tranquilly sinks
and the sailors row toward
the beach where a wild boar
buries its prey. The sand
blinds the gods.

V

A cold wind passes
over the crustaceans'
hard shell.
A tremendous howl scratches
the sky with its icy
bolt of rage.
Like a grey carpet
fear and the night arrive.

VI

The diligence breaks away
and a woman calls for help,
her clothes in disarray,
her hair in the wind.
The driver drinks a
large glass of cider
leaning indifferently
against a marble torso.
Hedgehogs mark
the way with their long
nocturnal spines.

Un hidroavión vuela
sobre la selva. Allá,
abajo, lo saludan las misioneras
que preparan el matrimonio
del cacique. Un olor a canela
se esparce por el ámbito
y va a confundirse con el
lejano zumbido de la nave.

VIII

Una ciudad cercada de alta piedra
esconde el rígido cadáver de la reina
y la carroña grave y dulce de su último
capricho, un vendedor de helados
peinado como una colegiala.

IX

Venus nace de la rala
copa de un cocotero
y en su diestra lleva
el fruto del banano
con la cáscara pendiente
como un tierno palio de oro.
Llega el verano
y un pescador cambia
una libra de almejas
por un máscara de esgrima.

A seaplane is flying
over the jungle. There,
down below, the lady missionaries
wave to it while preparing the wedding
of the cacique. A cinnamon smell
spreads through the air
and on to intermingle
with the far-off droning of the craft.

VIII

A city with high rock walls
hides the queen's stiff corpse
and the sweet, solemn carrion of her
last caprice, an ice cream vendor
coiffed like a high school girl.

IX

Venus is born out of the sparse
crown of a coconut palm
and in her right hand carries
the banana fruit
with its peel hanging
like a delicate golden pallium.
Summer arrives
and a fisherman exchanges
a pound of clams
for a fencing mask.

LA CARRETA

Se la entregaron para que la llevara hasta los abandonados socavones de la mina. El mismo tuvo que empujarla hasta los páramos sin ayuda de bestia alguna. Estaba cargada de lámparas y de herramientas en desuso.

Fue al día siguiente de comenzar el viaje cuando, en un descanso en el camino, advirtió en los costados del vehículo la ilustrada secuencia de una historia imposible.

En el primer cuadro una mujer daba el pecho a un guerrero herido en cuya abollada armadura se leían sentencias militares escritas en latín. La hembra sonreía con malicia mientras el hombre se desangraba mansamente.

En el segundo cuadro una familia de saltimbanquis cruzaba las tormentosas aguas de un río, saltando por sobre grandes piedras lisas que obstruían la corriente. En la otra orilla la misma mujer del cuadro anterior les daba la bienvenida con anticipado júbilo en sus ademanes.

En el otro costado de la carreta la historia continuaba: en el primer cuadro, un tren ascendía con dificultad una pendiente, mientras un jinete se adelantaba a la locomotora meciendo un estandarte con la efigie de Cristóbal Colón. Bajo las plateadas ramas de un eucalipto la misma hembra de las ilustraciones anteriores mostraba a los atónitos viajeros la rotundez de sus muslos mientras espulgaba concienzudamente su sexo.

El segundo cuadro mostraba un combate entre guerrilleros vestidos de harapos y soldados con vistosos uniformes y cascos de acero. Al fondo, sobre una colina, la misma mujer escribía apaciblemente una carta de amor, recostada contra una roca color malva.

Olvidó el Gaviero el cansancio de su tarea, olvidó las miserias sufridas y el porvenir que le deparaba el camino, dejó de sentir el frío de los páramos y recorría los detalles de cada cuadro con la alucinada certeza de que escondían una ardua enseñanza una útil y fecunda moraleja que nunca le sería dado desentrañar.

Hill, Alvaro Mutis: "Resena de los Hospitales de Ultramar" (1959) Poemas
HERE ARE RECOUNTED CERTAIN OF MAGROLL EL GAVIERO'S MEMORABLE
VISIONS, SOME OF HIS EXPERIENCES ON SEVERAL OF HIS TRIPS AND HERE
ARE CATALOGED SOME OF HIS OLDEST AND MOST FAMILIAR OBJECTS

THE WAGON

They delivered it for him to take to the abandoned mine shafts. He had to push it by himself without the aid of a single beast of burden all the way to the highlands. It was loaded with lanterns and discarded tools.

The day after he began the trip, at a resting spot on the road, he first noticed along the sides of the vehicle the sequential illustrations of an impossible history.

In the first panel a woman was giving her breast to an injured warrior whose dented armour was inscribed in Latin with military aphorisms. The woman grinned maliciously as the male meekly bled to death.

In the second panel a family of saltimbanques crossed the torrential waters of a river, vaulting over large slippery rocks that obstructed the current. On the opposite bank the same woman of the previous scene welcomed them with gestures of joyful anticipation.

On the other side of the wagon the history continued: in the first panel, a train was making the difficult ascent up a slope, while a horseman waving a banner of Christopher Columbus overtook the locomotive. Beneath the silvery branches of a eucalyptus tree the same woman of the previous scenes displayed the fullness of her thighs to the astonished passengers while she conscientiously deloused her sex.

The second panel depicted a battle between guerrillas dressed in rags and soldiers in snappy uniforms and helmets of steel. In the background, on top of a hill, the same woman placidly wrote a love letter while leaning against a mauve colored rock.

The Gaviero forgot his wearisome task, forgot the miseries already suffered and the future the Journey was preparing, he no longer felt the cold of the highlands and reviewed again the details of each panel with the fevered certainty that they concealed an arduous teaching, a useful and profound moral lesson he would never be able to fathom.